

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezal, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucia Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).*

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezal  
Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

	3	<b>Transmisión de la Fe</b>
<i>Bénédicte Sere</i>	5	<b>Elementos de una transmisión teológica de la fe</b>
<i>Avery Cardinal Dulles</i>	15	<b>Tradición auténtica e inauténtica</b>
<i>Stefaan van Calster</i>	24	<b>La Liturgia como un lugar privilegiado para la transmisión de la fe</b>
<i>Lucio Florio</i>	39	<b>La religiosidad popular en la transmisión de la fe</b>
<i>Marie-France Begué</i>	53	<b>Aportes para meditar el testimonio</b>
<i>Andrea Sánchez Ruiz de Welch</i>	66	<b>Jesús pro-existente</b>
<i>Luis Baliña</i>	77	<b>Tiempo de crisis, ruidos de línea</b>
<i>Erich Kock</i>	82	<b>Peter Wust, a sesenta años de su muerte</b>

# Elementos de una transmisión teologal de la fe

*Bénédicte Sère* \*

La “transmisión de la fe” es una expresión equívoca porque, en cuanto a la acción de creer, la fe no se transmite. Dicho de otra manera, antes de transmitir el *Credo*, es necesario hablar del acto de fe. ¿Qué se entiende por transmisión *teologal* de la fe? Es teologal la actitud que privilegia la inmediatez de una relación con Dios. La transmisión teologal trasciende todas las técnicas humanas por tratar de dar a Dios mismo al alma. De esta manera se puede decir que el testigo tiene una vocación teologal por la cual conduce a las almas a Dios. Esta orientación teologal resulta desde cierto punto de vista la finalidad última de toda transmisión en cuanto que precisamente conduce al acto religioso fundamental: estar *en relación* con Dios, finalidad que integra sin descartarlos de ninguna manera los métodos didácticos y catequéticos. Transmitir la fe, es pues conducir a esta relación, educar en el ejercicio mismo de la virtud de la fe que atañe directamente a su objeto que es Dios. “La catequesis de ‘la vida nueva’ (*Romanos* 6,4) en Cristo será (...) *una catequesis de las virtudes cristianas* de fe, de esperanza y de caridad” (CEC<sup>1</sup>, 1697).

---

\* Bénédicte Sère nació en 1973. Catedrática de historia. Prepara una tesis doctoral en historia de la filosofía medieval.

<sup>1</sup> CEC: *Catecismo de la Iglesia católica*.

## Vocación teológica del apóstol

Antes de saber cómo transmitirla, se trata de precisar qué es la fe teológica. ¿Qué es una virtud teológica? La virtud es llamada “teológica” por que se “refiere directamente a Dios (*theos*)”, tiene a Dios “como origen, como fin y como objeto” (CEC 1812) La virtud teológica es un poder capaz de hacer un acto sobrenatural. Las virtudes teológicas están injertadas en las capacidades humanas para realizar actos sobrenaturales tocando directamente su objeto que es Dios. Tienen a Dios como origen ya que son infundidas en el alma por la gracia bautismal, que es una participación creada, pero real, de la vida divina. Así, en el bautismo, el alma se ve dotada de un organismo sobrenatural que le permite entrar en relación con Dios por medio de actos de conocimiento y de amor, actos de fe y de caridad. El alma se vuelve capaz de Dios (*capax Dei*). La virtud de la fe, injertada en la inteligencia, tiene el privilegio de esperar poseer a Dios directamente, como lo dice san Juan de la Cruz: “La fe nos comunica y nos da a Dios”<sup>2</sup>. E insistiendo sobre esta aptitud de la fe, de hecho inverosímil, agrega: “ella nos lo da verdaderamente”. La virtud de la fe “toca” a Dios con esa inmediatez que testimonia el apóstol Juan cuando dice: “lo que nuestras manos han *tocado* del Verbo de vida, damos testimonio” (1 *Jean* 1, 1-2). Por lo tanto el acto de fe teológica es el acto religioso fundamental ya que pone en presencia de Dios, en la intimidad de la relación de una manera directa, inmediata y plena, aunque oscura y no sentida. En su análisis de la fe, Edith Stein identifica el acto de fe (*fides*) con esta relación de inmediatez y no con una creencia teórica (el *belief* husserliano) que resultaría de una construcción racional. Ella describe, con la minuciosidad que requiere el método fenomenológico, lo que está en el corazón mismo de esta relación, lo que hace a la esencia del encuentro: por el acto de fe, “lo que yo agarro, *en aquello que* lo agarro, me penetra; esto me agarra en el centro de mi persona, y en ello me sostengo. Este *en*

---

<sup>2</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* A, estrofa 11,3.

*aquello que* debe ser tomado literalmente. (...) En el acto de fe, el *agarrar* no es una toma de conocimiento del género de la percepción. El objeto de la fe no se percibe. (...) Pero invisible, inaccesible a los sentidos, no está por eso menos inmediatamente presente para nosotros, nos toca, nos sostiene y nos hace capaces de sostenernos en él. El objeto de la fe, es Dios”<sup>3</sup>. Distingue así la “fe en su concreción”<sup>4</sup> de una acepción teórica de la fe creyente.

Transmitir la fe consiste, pues, en conducir hacia ese acto religioso fundamental, ese ponerse en presencia, esa inmediatez de la relación entre Dios y el hombre. Transmitir la fe resulta así mostrar los medios adecuados para entrar en relación con Dios, enseñar a hacer un acto de fe teologal. San Pablo mismo, ministro del Evangelio invita a los Efesios a “osar acercarse con toda confianza a Cristo *por el camino de la fe*” (Efesios 3, 12). Sin duda se trata de *osar* el encuentro. Encuentro personal en la intimidad del alma. Después de haber revelado la fuerza de la gracia bautismal, tan elevada y sin embargo conocida por tan pocas almas, aquel que transmite la fe debe conducir al encuentro propiamente dicho. Concretamente enseña a *poner en acto* la virtud teologal de la fe, a *actualizar* el *habitus* de la fe. Muestra lo que se podría llamar una *técnica* de actualización de la fe distinguiendo las capacidades humanas, inteligencia y voluntad, de la virtud teologal misma, que por sí produce el acto. En efecto, el acto de fe es un movimiento que compromete todas las capacidades, es “un acto de la inteligencia que adhiere a la verdad divina en obediencia a la voluntad que es movida por Dios a través de la gracia”<sup>5</sup>. El acto de fe es producido entonces conjuntamente por la inteligencia que adhiere sometiéndose, por la voluntad que ordena la adhesión y por la virtud teologal de la fe propiamente dicha que da su perfección específica al acto. Fundamentalmente, la transmisión de la fe requiere esta actitud teologal de tal manera que el destinatario

<sup>3</sup> E. STEIN, *La structure ontique de la personne et sa problématique épistémologique*, trad. Ph. Secrétan, in *De la personne. Corps, âme, esprit*, Fribourg, 1992, p. 73.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 81

<sup>5</sup> SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, IIa IIae, q.2, art.9.

de la transmisión, luego de una experiencia real, pueda decir en todo momento, “No es por lo que tú dices que nosotros creemos; lo hemos escuchado *nosotros mismos* y sabemos que Él es verdaderamente el salvador del mundo” (Juan 4, 42).

### Transmisión de la fe y testimonio de vida

Decir que el apóstol no da nada si él mismo no es un testigo auténtico, resulta obvio. Dicho de otro modo, el testimonio es la función principal del apóstol. Debe vivir de una vida totalmente teológica, en el ejercicio manso de sus virtudes de fe, de esperanza y de caridad, si quiere conducir las almas hacia Dios. De tal manera la transmisión de la fe está en el orden de una *traditio* viviente y activa en la que el testimonio de vida y la irradiación del ser son los elementos decisivos. El testimonio auténtico es por lo tanto la condición de una buena transmisión de la fe. El testigo es ante todo un instrumento viviente al servicio del mensaje que lleva. Acerca de la importancia primordial del testimonio de vida en la transmisión de la fe y la evangelización, Pablo VI precisaba: “He aquí que [los testigos] irradian, de una manera totalmente simple y espontánea, su fe en los valores que están más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve, con lo cual no se osaría soñar. Por este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen surgir en el corazón de aquellos que les ven vivir, algunas preguntas insoslayables: ¿por qué son así?, ¿por qué viven de esta manera?, ¿qué o quién los inspira?, ¿por qué están entre nosotros? Un testimonio así ya es proclamación, silenciosa, pero fuertísima y eficaz de la Buena Noticia. En esto hay un gesto inicial de evangelización. (...) Surgirán otras preguntas, más profundas y más comprometedoras, provocadas por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad, y que es un elemento esencial, generalmente el primero de todos, en la evangelización<sup>6</sup>”. Podríamos agregar: en la transmisión de la fe. En otra

<sup>6</sup> PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, dic. 1975, 21.

parte dice: “El hombre contemporáneo escucha con más gusto a los testigos que a los maestros o si escucha a los maestros, es porque son testigos<sup>7</sup>”. Es decir hasta qué punto la asimilación personal y viviente del mensaje es la primera condición de toda transmisión, a pesar de que no se pueda separar el testimonio de la palabra. Es justamente la armonización de la palabra y de la vida la que atestigua la autenticidad del mensaje porque el testigo está comprometido con su mensaje.

El testigo se compromete con su mensaje sin necesidad de apropiárselo. Asimilación y no apropiación, sutil equilibrio para una irradiación de la gracia. El testigo debe velar para no ser obstáculo al mensaje y a la vida que él transmite. *Transparencia* del testigo. Es un vocero, un profeta, aquel que profiere una Palabra que lo sobrepasa, una Verdad que lo engloba y lo abarca por todas partes: “Nosotros no nos predicamos a nosotros mismos sino a Cristo, el Señor” (2 *Corintios* 4, 5). No demorar el mensaje, no hacerlo volver hacia sí, no acaparar el mensaje, tal debe ser la constante preocupación de todo transmisor de la fe: “No pretenderá demorar en sí mismo, en sus opiniones y actitudes, la atención y la adhesión de la inteligencia y del corazón de la personas a quien catequiza; sobre todo no buscará inculcar sus opiniones y sus opciones personales como si ellas expresaran la doctrina y las lecciones de la vida de Cristo<sup>8</sup>”. La transparencia del testigo es necesariamente desprendimiento de sí y desaparición. Transparencia al servicio de la transmisión. Ser ese “lugar de paso de la gracia universal”<sup>9</sup> del que hablaba Gaëtan Picon a propósito de los personajes de Bernanos. Lugar de paso, el testigo no debe interponerse. Lugar de paso, no debe velar la fuente divina, ni la limpidez del mensaje. A través de él debemos encontrar la pureza del mensaje, la esencia del mensaje, la esencia del cristianismo. Sólo bajo esta condición la transmisión de la fe es fuente de fecundidad y difusión de la gracia, de la “gracia universal”.

---

<sup>7</sup> PABLO VI, Alocución a los miembros del consejo para los Laicos ( 2 octubre 1974).

<sup>8</sup> JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae*, 6

<sup>9</sup> G. PICON, Prefacio a *Oeuvres romanesques* de G. BERNANOS, La Pléide, p. IX...XXXIV.

## Transmisión de la fe y paternidad espiritual

¿A qué tenderá en fin la transmisión de la fe si la finalidad última de la actividad no apunta a la fecundidad? Fecundidad espiritual. Fecundidad eclesial. No eficacia sino fecundidad. “La gloria de mi Padre es que vosotros lleváis fruto” (*Juan* 15, 8). Llevar fruto, ése es el fin de toda vida cristiana, la finalidad de todo apostolado, el motivo de la elección de los Doce, la razón de la elección de un san Pablo. Dicho brevemente, la voluntad de Dios es que llevemos fruto y un fruto que permanezca. Acerca de la paternidad espiritual, Pablo vuelve con frecuencia: “Soy yo que, por el Evangelio, os he engendrado en Cristo Jesús” (*1 Corintios* 4, 15). Transmitir la fe es ser, de alguna manera, padre en el orden espiritual y san Pablo reivindica este título varias veces: “Tendréis miles de pedagogos en Cristo, pero no tenéis muchos padres” (*ibid*). Habla de Onésimo como “mi hijo a quién engendré en las cadenas” (*Filemón* 1,10). A Timoteo se dirige como a “mi verdadero hijo en la fe” (*Timoteo* 1,2). A los Gálatas, les manifiesta su afecto paternal: “Hijitos míos, os di a luz de nuevo en el dolor...” (*Gálatas* 4,19). Finalmente a los Filipenses, amados entre todos, san Pablo declara: “¡Sí, Dios es testigo de que os amo a todos tiernamente en el corazón de Cristo Jesús!” (*Filipenses* 1, 8). Porque es el amor el que da a luz, es el amor la única fuente de la fecundidad.

Más que un testigo, testigo auténtico y testigo transparente, todo testigo es entonces llamado a ser padre. Ahora bien, esta fecundidad en el orden de la gracia tiene exigencias personales de vida espiritual. En efecto, los preceptos son claros: “el sarmiento no puede por sí mismo llevar fruto, sin permanecer en la vid; tampoco vosotros si no permanecéis en mí.” La exigencia de la unión con Dios que requiere la fecundidad es imperiosa: “El que permanece en mí como yo en él, lleva mucho fruto, porque fuera de mí, no podéis hacer nada” (*Juan* 15,5). Es necesario escuchar bien ese *nada* para medir hasta qué punto la unión del apóstol con Dios es la condición esencial de toda transmisión de la fe y por consiguiente de toda transmi-

sión de la vida en el orden de la gracia. Unido así a Dios, el apóstol es un educador privilegiado de la relación con Dios por su misma familiaridad con esta intimidad divina; el apóstol es un testigo auténtico en su obrar moral y en su vida entera, porque, unido a Dios, es movido por el Espíritu de Dios (*agitur*); el apóstol transparenta plenamente la vida que lleva y el mensaje que anuncia y esa transparencia es posible precisamente por su unión con Cristo. Transparencia del apóstol a imagen de la transparencia de Cristo: “Quien me ve a mí, ha visto al Padre” (*Juan 14,9*), de manera que como Pablo, el testigo pueda decir: “No soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí” (*Gálatas 2,20*). Finalmente, el apóstol es plenamente fecundo, dócil al Espíritu y a sus mociones porque en realidad, es el Espíritu Santo, principio de vida, el gran actor en la transmisión de la fe. Es él quien da la gracia bautismal, sostiene el acto teologal por medio de sus dones, los dones del Espíritu Santo, prepara los corazones, pone en comunicación con Dios, resplandece, actúa por medio de sus instrumentos. Es él quien construye el Reino de Dios y nos hace trabajar para la construcción. En una palabra, “por este poder del Espíritu los hijos de Dios pueden dar fruto” (*CEC 737*). “Es él quien hoy, como a comienzos de la Iglesia obra en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en su boca las palabras que solo no podría encontrar. (...) El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización<sup>10</sup>”.

### **Transmisión de la fe y *mysterium crucis***

Para que la transmisión de la fe en su contenido teologal sea presentada de una manera completa, cómo no evocar el corazón mismo de esta transmisión, el *mysterium crucis*, el misterio de la cruz, la inevitable ley de toda fecundidad y la cima del testimonio. Nuevamente, la experiencia de San Pablo es elocuente: “En cuanto mí, cuan-

---

<sup>10</sup> PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 75.



do llegué a vosotros, hermanos, yo no vine a anunciaros el misterio de Dios con el prestigio de la palabra o de la sabiduría. No, no quise saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y Jesucristo crucificado” (1 *Corintios* 2, 1-2). La explicación es eminentemente teológica y san Pablo describe el contraste entre la debilidad vívida del instrumento y el poder divino, fuente de fecundidad: “Yo me presenté a vosotros, débil, medroso y vacilante, y mi palabra y mi mensaje no tenían nada de los discursos persuasivos de la sabiduría; era una *demonstración de Espíritu* y de poder para que vuestra fe reposara, no sobre la sabiduría de los hombres, sino sobre el *poder de Dios*” (*ibid.*, 2, 3-5). Los términos son claros. Para Pablo, la cruz de Cristo es la condición ordinaria de toda transmisión y de todo anuncio de la fe. La ley de toda fecundidad auténtica se resume en estas fórmulas antinómicas, construcciones paradójicas que hieren la lógica humana en tanto son contrarias a la razón: “el lenguaje de la cruz (...) es poder de Dios” (*ibid.*, 1, 17), “cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 *Corintios* 2,10), “nosotros proclamamos un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero para aquellos que son llamados, es Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios” (2 *Corintios* 23-24). Transparencia del apóstol y misterio de la cruz. La transparencia es el otro nombre del *mysterium crucis*. Desaparición de sí y kénosis, “desaparición de sí kenótica por amor”<sup>11</sup>, dirá Balthasar. Inmolación del éxito personal a favor de la irradiación del mensaje. Inmolación del apóstol al mensaje del que es portador. *Illum oportet crescere me autem minui* (Juan 3, 30), “es necesario que él crezca y que yo disminuya”...

### Ser “ese lugar de pasaje de la gracia universal”

Mediante un procedimiento literario, Bernanos sugiere la verdad de esta ley modelando una imagen de santidad, la de un cura de

---

<sup>11</sup> H. U. von BALTHASAR, *L'amour seul est digne de foi*, trad. R.Givord, 1999, p. 69.

campo. En las últimas páginas de la obra, el personaje se percata, gravemente enfermo, del poder de la fecundidad, en el corazón de la pobreza vivida dolorosamente.

“*Las seis y media*. La señora condesa ha muerto esta noche<sup>12</sup>”. Cuando se levanta, el joven cura de Ambricourt se entera de la noticia. Todavía conmovido por su conversación del día anterior con la condesa y turbado por la noticia, expresa en su diario el sentimiento siempre renaciente de su impotencia: “Todavía esta vez, fue suficiente que posase la pluma sobre el papel para despertar en mí el sentimiento de mi profunda, de mi inexplicable impotencia de hacer el bien, de mi torpeza sobrenatural”. *Inexplicable impotencia de hacer el bien*. Inexplicable y por ende fecunda impotencia. Ahora la escena de la víspera resurge... “La mujer que tenía delante de mí (...) había realmente vivido muchos años en esa paz terrible de las almas rechazadas, que es la forma más atroz, la más incurable, la menos humana, de la desesperación”. Frente a esta Raquel desesperada, *que no quiere que se la consuele porque su hijo no está más*, el joven cura no tiene otra cosa que oponer sino su sola presencia. “¿Qué decir? ¿qué hacer?” Su impotencia radical tiene la medida del sufrimiento sublevado que se despliega ante sus ojos. La escena ahora apunta con una agudeza propia de Bernanos, en que los personajes son elevados hasta el plano de su redención, ubicados “en el extremo límite de su mundo invisible, al borde del abismo de la luz”, comprometidos con su conflicto, esta “lucha que ella había sostenido delante de mí, bajo mis ojos, ese gran combate por la vida eterna del cual salió agotada, no vencida”. Es ahora, al final del combate, cuando tienen lugar al mismo tiempo la rendición y el milagro: “Quédese en paz, hija mía, le dije. Y la bendije.” Y el cura comenta el sacrificio: “‘Quédese en paz’, le había dicho yo. Y ella recibió esta paz de rodillas. (...) Fui yo el que se la di. Oh maravilla, que se pueda hacer presente aquello que no se posee en uno mismo, *¡oh dulce milagro de nuestras manos vacías!* (...) Aquí estoy despojado, Señor, como

<sup>12</sup> G. BERNANOS, *Journal d'un curé de campagne*, La Pléide, pp. 1155-1170.

sólo vos sabéis despojar”. Transparencia y despojamiento de la transmisión. El despojamiento es la medida de la fecundidad. En Bernanos, la pobreza del santo es la medida de su transparencia, y el cura de campaña, ese otro santo de Lumbres, es sólo ese “lugar de pasaje de la gracia universal”. Dicho de otro modo, la lucidez a la cual llegan los personajes revela bien esta experiencia antinómica de su vivencia de debilidad y del poder divino del cual son canales: “Y pobre curita que soy, delante de esta mujer, tan superior a mí por la edad, el nacimiento, la fortuna, el espíritu, he comprendido, sí, he comprendido lo que era la paternidad”. Pobreza, paternidad y transmisión se entrelazan en un desconcertante encadenamiento de vivencias donde se mezclan al mismo tiempo el sentimiento de indignidad, de desapropiación de su fecundidad y reconocimiento de la acción divina: “Nuestro Señor tenía necesidad de un testigo, y yo fui elegido, a falta de otro mejor sin duda, como se llama a un transeúnte. Sería necesario que estuviera realmente loco para imaginarme haber tenido un rol, un verdadero rol. Ya es demasiado que Dios me haya hecho la gracia de haber ayudado con la esperanza a esta reconciliación de una alma, a estas nupcias solemnes”. Para la transmisión de la fe, es decir de la gracia, el santo no podrá hacer otra cosa que exclamar: “Dios quiere que el miserable mendigue la grandeza como los demás y que ella irradie desde él, sin que él lo sepa”.

*Traducción: Clara Gorostiaga*